

Autor: Abilio Ayuso
LA NINFA
DEL LAGO

Ilustrador Ronny Bravo



Dicen que la avaricia rompe el saco,
eso también puede suceder en el amor, esta historia de magia y espada
nos explica el porque.

+12

Cuenta la leyenda, que hubo una vez, un pequeño país centroeuropeo, donde reinó la paz durante muchos años.

Su príncipe, apreciado y respetado por todos, era un gran amante de la naturaleza, y gustaba de recorrer sin otra compañía que la de su caballo, los lugares más remotos y solitarios de su reino, lo cual podía hacer con total seguridad, ya que además de ser un caballero bien armado y entrenado en las artes de la lucha, tenía la certeza de que no toparía con bandas de malhechores, ya que estos evitaban aquel reino como a la peste.

Este temor no se debía a una fuerte presencia de la guardia real, ni a grandes controles fronterizos, sino a la muy arraigada superstición de que todos los truhanes y malandrines que se adentraban en el reino, acababan desapareciendo para siempre, víctimas de quien sabe que brujerías o monstruos diversos.

Dado que esto daba paz y tranquilidad al país, el Rey sugirió a sus ministros que no solamente no se molestaran en averiguar que había de cierto en ello, sino que soterradamente ayudaran a confirmar la superchería.

En una de sus largas cabalgaduras, el príncipe, llegó a un pequeño y angosto valle que no había recorrido jamás.

El centro estaba ocupado por un oscuro lago de aguas negras como el azabache. El agua llegaba de una a otra de las paredes rocosas, dejando en una orilla el espacio justo para el camino, que apenas se elevaba dos palmos del agua.

Cabalgaba el príncipe con prudencia, dado que nada sabía de aquel lugar, ni de las bestias que podían poblarlo, aunque sin temor, ya que a su flanco derecho colgaba una potente ballesta cargada, y en el izquierdo una afilada espada, con la que hubiera podido decapitar un oso.

Pero lo que vio, no le inspiró miedo precisamente, sino asombro, ya que a dos pasos apenas de la orilla, junto al camino, se encontraba en mitad del agua una roca redondeada y grisácea, y justo en el centro de la roca, estaba sentada la muchacha más bella que jamás hubieran contemplado sus ojos, aunque no podía tratarse de una simple mujer, porque se hallaba solamente cubierta con un cabello rubio como el oro que le llegaba hasta las caderas.

Debía tratarse de una ninfa del agua, ya que ninguna mujer tan bella reposaría desnuda en un lugar tan agreste y solitario.

Para no asustarla, dejó su cabalgadura con todas sus armas y con paso reposado se dirigió a la parte del camino más cercana a la roca.

"Dios os guarde bella dama, no tengáis ningún temor de mí, ya que además de un caballero, soy el príncipe de estas tierras, que simplemente desea rendir homenaje a vuestra hermosura y acompañaros en vuestra soledad, si ello os complace".

Ella le contestó con una voz tan dulce, que no desmerecía para nada de su belleza: "Gracias por vuestras palabras tranquilizadoras, pero desde el primer momento he sabido que me hallaba ante un hombre de corazón noble, agradeceré mucho vuestra compañía, ya que como habréis adivinado, soy una ninfa del lago, y no puedo abandonar estas aguas que me dan la vida, podéis venir a mi lado ya que desgraciadamente yo no puedo moverme de aquí".

El príncipe saltó ágilmente el escaso metro que separaba la orilla de la roca y tomó asiento al lado de la ninfa, al cabo de un instante, estaban enfrascados en una conversación tan amena, que el tiempo había dejado de existir para ellos.

A la ninfa que jamás había podido salir de allí, le encantaba que le hablara de lugares remotos, palacios, castillos, torneos y países lejanos, y él estaba hechizado por su risa cristalina y sus maravillosos ojos, hubiera podido pasar el resto de la vida contemplándola, pero cuando el sol estaba cercano al ocaso, ella le dijo que debía volver al interior del lago y le pidió que se retirara para hacerlo en soledad.

El príncipe accedió a marcharse a su pesar, después de besarla galantemente en la mejilla.

El contacto de su piel en los labios le dejó un recuerdo imborrable. Después ella le pidió que volviera cuantas veces quisiera a consolar su soledad, pero le hizo jurar que no revelaría a nadie su presencia.

El aceptó y al despedirse le prometió que volvería lo antes posible.

Como se avecinaba la noche, se refugió en la población más cercana, donde fue recibido con todos los honores.

Al amanecer del siguiente día se dirigió directo al lago, donde la ninfa le recibió con una expresión radiante.

Pasaron juntos unos días maravillosos, el amor floreció entre ellos de la forma más natural con la suavidad de un amanecer, a pesar de la limitación de movimientos de ella que siempre debía estar sentada o estirada sobre aquella roca, sin poder dar un paso siquiera, dada su condición de ninfa del lago.

A veces el príncipe sentía la pesadumbre de que ella no pudiera siquiera ponerse en pie, pero uno solo de sus besos le devolvía toda la alegría.

Finalmente llegaron noticias del Rey, reclamándolo ante su presencia.

Aunque de mala gana, no tuvo más remedio que acudir, sin embargo, los días que pasó en palacio, estuvo tan malhumorado e intranquilo, que su padre no tuvo más remedio que preguntarle qué clase de problema le tenía amargado de aquella manera.

Sin explicar ningún detalle, dado que jamás hubiera roto su juramento, le explicó que se había enamorado de una bella desconocida y le pidió si le permitiría desposarla, aunque no fuera una princesa o fuera algo distinta a las otras mujeres.

El rey sonrió aliviado por el hecho de que los problemas de su hijo fueran "mal de amores", ya que muchas veces había comentado con la reina la falta de interés del príncipe por las muchachas de la corte, puesto que a todas encontraba vulgares y cargadas de defectos, así que le prometió que, si su amor era sincero, le permitiría casarse aunque la escogida fuera de color verde, pero con la condición de que la trajera a palacio ya que no podía permitir que se encontrara siempre ausente.

Galopó el príncipe hacia el lago con la buena noticia, desmontó de un salto, se abrazó a su amada que estaba radiante de felicidad por el reencuentro.

Le explicó atropelladamente su conversación con el Rey, pero observó apesadumbrado que a medida que avanzaba en el relato, la cara de la muchacha se entristecía hasta que el llanto apareció en sus ojos.

Entre sollozos le recordó que ella jamás podría moverse de allí y que su boda sería imposible, el trató de animarla diciéndole que con el permiso del Rey no existían imposibles, podrían construir junto a palacio, un enorme estanque o una réplica del lago, llenarlo con aquella misma agua, incluso transportar la roca donde se aposentaba, pero ella le recordó que no podría sobrevivir fuera del lago.

La mirada del príncipe se ensombreció, como tal, no estaba acostumbrado a que le negaran sus deseos y más en esta ocasión en que por primera vez en su vida había conocido el amor.

Se retiró antes que otros días, despidiéndose de forma fría y distante, pasó de largo el pequeño poblado que habitualmente le servía de refugio y se dirigió directamente a palacio donde se encerró en sus habitaciones.

Los días siguientes, su carácter cambió por completo.

Él, que siempre era amable y risueño con todos, se volvió hosco e intratable, la corte entera evitaba su presencia, y sus padres, intuyendo que se trataba de un desengaño amoroso, no le preguntaron por no remover la herida.

Al cabo de un mes, marchó de palacio al amanecer, su rostro, aunque pálido y ojeroso reflejaba una sombría determinación, se dirigió lentamente hacia el lago.

Al llegar al camino junto a la orilla, vio la roca que tan bien conocía y la ninfa, tan bella como siempre, aunque con un semblante más serio.

Aquel paraje, que tanto había alegrado su corazón, le parecía ahora desolado y siniestro, cual espejo que reflejara su estado de ánimo.

En lugar de descabalar a varios pasos de distancia, ató su caballo junto a la roca llevando sus armas con él.

Desde el camino, y con una voz cortante como el pedernal, que no era precisamente un buen presagio, se dirigió a la muchacha con el mismo tono imperativo que podía haber empleado con un lacayo holgazán: "Llevo todo un mes pensando en tu negativa a venir conmigo y nunca podré saber si lo que me dices acerca de tu supervivencia fuera del lago es cierto o no, por tanto he decidido comprobarlo yo mismo, prefiero que mueras intentando vivir conmigo que dejarte aquí a disposición de cualquiera que pase".

Con los ojos llenos de lágrimas y voz temblorosa ella le confesó que lo había amado desde el primer día y que daría gustosa todos los años de vida que le quedaran por poder pasar uno solo con él, porque era cierto que al primer intento de abandonar el lago moriría.

"Hoy lo sabremos" contestó él secamente y levantado lentamente la potente ballesta cargada, hasta apuntarle directamente al corazón le dijo: "Porque si no te levantas y vienes conmigo a palacio te atravesaré sin piedad y entonces ten por seguro que morirás, así que, muerta por muerta más vale que lo intentes".

Ella arrancó a llorar dirigiéndole una mirada de súplica que hubiera fundido una piedra, pero el corazón del príncipe se hallaba endurecido por el despecho de no ver cumplidos sus deseos y los celos de que en su ausencia cualquier caminante perdido pudiera gozar de sus encantos, así que le dijo en el mismo tono hiriente: "Ninguna lágrima me hará cambiar de opinión, serás mía o de nadie".

La ninfa detuvo su llanto, su rostro se serenó, y con voz más firme aunque ausente, como si hablara consigo misma le dijo: "Juro por Dios que te había amado, como nunca pensé que podía amar a hombre alguno, pero tú no eres el mismo al que yo amé, tu alma ya no resplandece de bondad, el odio y los celos te han envenenado hasta matar al que yo conocí, tú eres otro que me recuerda vagamente al que yo quise, pero como una caricatura que me ofende, para mí ahora eres como cualquier otro caminante que pase, y puedo tratarte como a tal".

Dicho eso la roca en que se apoyaba se estremeció y comenzó a elevarse frente al sorprendido príncipe.

Lo que él había tomado por roca sólo era la parte superior de un ser monstruoso y enorme, especie de sapo acorazado sin ojos ni distinción de cabeza, con una boca tremenda, armada de dientes como puñales, que ahora se abría frente a él, que, horrorizado, contemplaba como las enormes patas reptiles del engendro, le hacían aflorar lentamente de las negras aguas que lo habían mantenido oculto hasta entonces, acorralando a su víctima contra la pared de dura piedra vertical que bordeaba el lago.

A pesar del espanto, el príncipe no pudo por menos que estallar de ira por el engaño, y pensó que sus últimas palabras serían de desprecio hacia aquella malvada mujer, "Ahora entiendo porque no podías abandonar el lago, estás compinchada con esta bestia infernal, tu atraes las víctimas que ella devora, e imagino que luego te quedas con las pertenencias de los pobres desgraciados, y debe ser tan elevado el botín que lo has preferido a vivir como una princesa".

"No has comprendido nada", le dijo ella desde lo alto, "No somos una mujer y una bestia, sino un solo ser, como tu mano y tú formáis una unidad, por eso me encontrabas siempre sentada en lo que tu creías que era una roca.

Yo soy la bestia, o mejor dicho una parte de ella, y sí que es verdad que sirvo para atraer, pero a ningún pobre desgraciado, sino a los malhechores que intentan abusar de lo que creen una pobre doncella desvalida, ¿Por qué crees que en tu reino no hay apenas truhanes?, tarde o temprano acaban pasando por aquí y este es el fin de su viaje.

Incluso de aquellos que en apariencia son buena gente pero albergan bajos instintos en el fondo de su alma, lo mismo da que sean uno o varios, ni lo armados que vayan, nadie puede escapar de mí en esta trampa mortal que forma el lago, en cuanto al botín de sus pertenencias... Yace en el fondo de estas aguas, comprenderás que con mi aspecto no pueda ir a una población a gastarlo, y respecto a lo que tú has llamado pobres desgraciados, te aseguro que nadie de corazón puro ha sido engullido por estas fauces, si alguien bondadoso llega a mí, me acompaña un rato en mi soledad y jura no revelar mi presencia, marcha de aquí sin daño alguno, como tú en las ocasiones anteriores".

"¿Pero cómo puede existir un ser mezcla de tanta belleza y monstruosidad?".

"Culpa de ello a tu bisabuelo, harto de la cantidad de gentuza que pululaba por su reino, contrató a un grupo de magos y alquimistas para que mediante su ciencia y magia le librarán para siempre de esa chusma, que son los verdaderos monstruos, y no yo, que me limito a imponer justicia.

Esos magos me crearon, me hicieron nacer y educaron, mi parte humana como a una dulce niña y mi parte animal como a una bestia sanguinaria entrenada para matar y devorar.

Luego me dejaron en este lago, que era el lugar ideal para mi tarea, nunca explicaron al Rey como lo habían conseguido, pero el número de malhechores fue descendiendo sin parar y las leyendas y el temor a lo desconocido hizo que no llegaran otros nuevos a ocupar su vacante.

Ya ha pasado más de un siglo y continúo aquí cumpliendo con mi cometido".

"Entonces todo el amor que dijiste profesarme era mentira, porque no eres más que una bestia informe".

"Te equivocas, soy una suma, y mi parte humana es tan mujer y tan sensible, o mucho más, que cualquier otra que hayas podido conocer y te dio amor con toda el alma, incluso me hubiera arriesgado a morir por seguirte, si ello hubiera sido posible, pero evidentemente si hubiera salido del agua para acompañarte, no hubieras seguido enamorado de un ser como yo".

"Nunca lo llegaremos a saber", contestó el príncipe, "Y de la misma forma que mi bisabuelo contrató tus servicios, yo deshago el contrato". Dijo desenvainando la espada a la velocidad del rayo y lanzando un mandoble contra la bestia que hubiera podido partir una encina, sin embargo, la hoja rebotó inofensiva contra la acorazada piel.

Como si hubiera sido la señal que esperaba, la enorme boca se acabó de abrir y trituró en segundos al caballero, devorándolo en un instante y escupiendo las partes metálicas de su vestuario al fondo del lago.

La ninfa exclamó para sí misma con voz triste: "Nunca quisiste creer lo que te decía, ya te explique que ningún arma sirve contra mí".

Luego recuperando un poco el ánimo continuó el monólogo: "Bien, no puedes quejarte ¡amor!, deseabas que estuviéramos siempre juntos, y lo has conseguido, pero no como tu esperabas. Además, ya que tanto me querías, piensa en el bien que me has hecho ya que últimamente no pasan demasiados malvados por aquí, y yo también necesito alimentarme.

Un angustiado relincho, hizo que reparara en el aterrorizado caballo que pugnaba por desasirse allí a su lado.

Hizo que el corpachón se inclinara de su lado y con su voz más dulce le dijo: "Tranquilo, yo solo devoro seres infames y tú eres una bestia noble y generosa que a tu manera también me has hecho compañía. No te muevas que te libero".

Con exquisito cuidado, una de las garras del monstruo desató la rienda.

El noble animal que parecía haber comprendido, se quedó allí quieto hasta que ella le dijo: "Hala vuelve a tu cuadra en palacio, pero si te hacen cabalgar libre no se te ocurra venir hasta aquí, porque te estarán siguiendo para intentar encontrar a tu amo".

El caballo relinchó y marchó al galope.

Lo vio partir con añoranza, ya que aquel animal, en unas horas habría atravesado valles y cañadas y estaría en el palacio real, mientras que ella jamás podría salir de aquel oscuro valle.

Lentamente regresó a las aguas del lago hasta que sólo la parte superior del enorme corpachón quedó asomando del agua, como una roca gris, con su doncella bellísima sentada desnuda encima, y pensó para sí misma: "Que aburrimiento, otra vez a

esperar, no sé qué me apetece más, sí que pase algún caballero bondadoso que me haga compañía o un rufián perverso para comérmelo".

En palacio, cuando vieron llegar el caballo sin jinete se temieron lo peor, después de días y días de infructuosa búsqueda, dieron al príncipe por perdido.

En las estancias de la servidumbre, corrió la voz entre las viejas más supersticiosas, de que: Como el príncipe en los últimos tiempos se había vuelto perverso, la fuerza misteriosa que protegía el país lo había arrastrado a ¡ves a saber que inframundos!.

Nadie con cultura ni sentido común hizo caso de aquellas vejestorias chifladas, pero lo bueno del caso, es que ellas tenían razón.

FIN...